
El tiempo de la sociología

E. JAQUES

La forma del tiempo

(Buenos Aires, Paidós, 1984)

(Ed. original inglesa: *The form of time*, Londres, Heineman, 1982)

Uno de los aspectos más novedosos de la respuesta que se está dando a la llamada crisis de las ciencias sociales es el surgimiento de un creciente interés por el estudio del tiempo. La publicación de *La forma del tiempo*, del sociólogo británico Elliot Jaques, es una muestra más de ello. Se trata de una obra ambiciosa y original que no debe pasar inadvertida.

En el campo de la sociología cabe diferenciar tres aproximaciones típicas al estudio del tiempo. Una primera —que arranca de Durkheim y su escuela— concibe el tiempo como objeto sustantivo de análisis sociológico y se ha ido materializando en lo que se ha dado en llamar la sociología del tiempo (véase, por ej., E. Zerubavel, 1981). Otra aproximación es aquella a la que el tiempo interesa fundamentalmente por motivos de construcción teórica y que pretende,

por su estudio, renovar el marco analítico de la sociología (véase, por ej., Merton, 1984). Hay, por último, una tercera aproximación en la que el centro de interés lo constituyen los problemas epistemológicos y metodológicos que el tiempo plantea a las ciencias sociales o, incluso más allá de éstas, al conjunto de las ciencias del hombre.

De las tres aproximaciones típicas, la primera ha sido históricamente la más frecuente y la última la más rara, por no decir inexistente. Lo que justamente singulariza a *La forma del tiempo* es el hecho de que su propósito explícito y central consista en afrontar la problemática epistemológica y metodológica del tiempo. Pretende así investigar, con una nueva perspectiva, el tiempo de la sociología, es decir, los marcos temporales que el discurso sociológico presupone

a la hora de constituir su objeto de estudio, proceder a describirlo y encarar su eventual explicación.

Es lógico que una investigación así arranque de una teoría general del tiempo, pues sólo si se despeja la incógnita de qué es el tiempo cabe investigar cuál es el tiempo de la sociología. Y es justamente en esto en lo que se centra la primera parte de *La forma del tiempo*.

Jaques se ve abocado, pues, a encarar el viejo y correoso «enigma» del tiempo. La tradicional retórica —fijada por S. Agustín en *Las confesiones*— para el tratamiento de ese enigma no deja de aparecer: la pregunta por lo obvio (todos sabemos qué es el tiempo) se muestra desconcertante y desconcertada (no podemos decir lo que sabemos) para llegar, al fin, a una contestación segura y clara (llegamos a decir lo que sabemos). Jaques juega también a esa retórica, culminándola con una propuesta resolutive con profundas raíces en la tradición filosófica, a la vez que novedosa. Lo que propone es una teoría del tiempo que lo presenta como un concepto *unitario, relacional y bidimensional*.

La idea de que el tiempo, aunque íntimamente relacionado con el cambio, no se puede identificar con éste es tan vieja como la filosofía aristotélica. Es esa idea el argumento central que Jaques construye para fundamentar un concepto unitario o único de tiempo. Si el lenguaje cotidiano tiende a tratar de forma libérrima los conceptos temporales y si, más específicamente, existe una arraigada tendencia a identificarlos con las pro-

iedades de las cosas que cambian o del proceso a lo largo del que cambian, esto no es sino un error que es urgente despejar. El tiempo, en realidad, argumenta Jaques, es un concepto abstracto que actúa como marco posicional en y por el que ordenamos los acontecimientos en los que se materializa la dialéctica del cambio y la permanencia que es propia del mundo real (pp. 59-65). Por ello, aun habiendo muchas cosas que cambian, múltiples procesos de transformación y, consecuentemente, tantos cambios posibles como niveles diferenciables de lo real, no existe más que un único concepto de tiempo que sirve para ordenar el complejo mundo fenoménico.

La concepción relacional del tiempo fue fundamentada ya por Leibniz en contra del sustancialismo de Newton. Jaques aboga por ella argumentando que el tiempo en sí y por sí no es objeto alguno de experiencia y, consecuentemente, carece de propiedad alguna. Lo que llamamos tiempo es un concepto construido a partir de la experiencia de específicas relaciones que se dan entre los fenómenos. Quiere decir ello, por demás, que esa construcción no dependerá tan sólo de aquello que se da a nuestra experiencia, sino también de las específicas características de nuestro experimentar. Consecuentemente, una teoría relacional del tiempo ha de abrirse al análisis de las formas de percibir/experimentar el mundo. Por ese análisis se desvelarán las bases experimentales de ese concepto inmediatamente caleidoscópico y laberíntico (65-67, 77-81).

A diferencia de las anteriores determinaciones, la bidimensionalidad ha sido idea poco explotada tradicionalmente, que tan sólo ha acabado por entrar en el debate filosófico sobre el tiempo en el presente siglo —por lo menos en los medios anglosajones—. Al construir su argumentación, Jaques parte explícitamente de McTaggart y de la tradición que en él se engendra (véase, sobre el tema, Gale, 1968). McTaggart había sostenido que el enigma del tiempo podía ser resuelto si se diferenciaban dos típicos campos de ordenación temporal, que propuso denominar serie A y serie B. La serie A es la del tiempo del devenir y se caracteriza por el perpetuo fluir de lo que acontece del futuro hacia el presente y de éste hacia el pasado. La serie B, por el contrario, es la del tiempo de la sucesión y se caracteriza por ordenar de forma permanente lo que acontece según las relaciones del antes y el después*.

Jaques recoge esta distinción, aunque rebautizándola como diferenciación del tiempo de la intención o Kairos (serie A) y el tiempo de la sucesión o Cronos (serie B) (cap. 6). Pero, en contra del idealismo y reduccionismo de McTaggart, propone que ambas series son reales —es decir, resultan de la experiencia— y

ninguna de ellas es prioritaria sobre, o reductible a, la otra.

Como, por otro lado, la hipótesis de un tiempo segregado en dos series con idéntico estatuto e irreductibles entra en contradicción con la inicial hipótesis de un tiempo único, Jaques resuelve el problema postulando un tiempo bidimensional (p. 117). De esta forma, el tiempo intencional y el tiempo de la sucesión no constituyen dos tiempos, sino las dos dimensiones (análogas a las distintas dimensiones del espacio) de un tiempo único.

Esta idea es crucial en todo el discurso epistemológico de Jaques. Partiendo de ella, se propone que la penuria o dificultades epistemológicas del conjunto de las ciencias del hombre (especialmente psicológica y sociológica) resultan de la contradicción inherente a un discurso que estudia una realidad temporalmente bidimensional (lo humano) con los instrumentos típicos de un discurso científico que tan sólo contempla la hipótesis de un tiempo unidimensional. Y es que si el modelo de ciencia que las ciencias del hombre han seguido ha sido el construido por las ciencias de la naturaleza —y más específicamente por la física—, éstas no han precisado, para constituirse como tales, más que un complejo espacio-temporal tetradimensional, en el que se diferencian tres dimensiones espaciales y una dimensión temporal (pp. 199-202). Todo lo cual es razonable, pues su objeto de estudio no precisa para su descripción y eventual explicación más que el tiempo de la sucesión y su métrica correspondiente, sin refe-

* A estas dos series, McTAGGART agregaba una serie C, de carácter espacial, que tenía un estatuto ambiguo en su argumentación, lo que explica, al menos en parte, que no se haga casi nunca referencia a ella. En realidad, si se analiza con detenimiento, constituye uno de los puntos de partida fundamentales para superar las paradojas del tiempo mctaggartianas (véase McTAGGART, 1975).

rencia alguna a la direccionalidad; el ahora; el fluir del futuro, presente y pasado; la emergencia de la novedad; el Kairos —todo lo que denota ese tiempo de la intención que está ausente.

Pero es justamente éste el tiempo más específico de la acción e ideación humanas. De aquí que Jaques concluya que si las ciencias del hombre quieren constituirse sobre bases sólidas han de redefinir su específico campo de estudio como un complejo penta-dimensional, donde a las tres clásicas dimensiones espaciales se agreguen dos dimensiones temporales: la de la simple sucesión de los acontecimientos y la de la intención de los sujetos que protagonizan tales acontecimientos (cap. 7).

Tales dimensiones del tiempo psicosociológico son, por demás, plenamente objetivas y cuantificables (capítulo 10). En efecto, tanto la sucesión (cuándo ocurre algo y con qué intervalo en relación a cualquier otro acontecimiento) como la intención (cuándo supone el actor que algo, que actúa como meta de su acción, va a suceder y con qué intervalo en relación a otros aconteceres) se definen como dimensiones susceptibles de observación objetiva y medición. Con lo cual la incorporación de la bidimensionalidad del tiempo acaba por ampliar la mensurabilidad de la acción, con los consiguientes efectos cara a la constitución de un discurso más riguroso y matematizado en este campo de estudios.

Jaques pretende mostrar, por otro lado, cómo las anteriores consideraciones epistemológicas y metodológi-

cas sobre el tiempo pueden ser el punto de partida de hipótesis fructíferas en la investigación sociológica. Dos son los casos en que hace más énfasis.

El primero de ellos se refiere a los aparatos burocráticos. Para el análisis de los puestos de trabajo en las organizaciones burocráticas, Jaques propone como decisiva la distinción entre el lapso temporal de discrecionalidad (la cantidad de tiempo previsto para la realización de la tarea de mayor duración asignada al puesto) y el lapso temporal de rendimiento (el tiempo que realmente se tarda en realizar la tarea) (p. 162). El primero es un magnífico indicador de la carga de responsabilidad sentida por el incumbente de un puesto burocrático y determina su valoración del salario percibido: a mayor discrecionalidad, mayor percepción de responsabilidad y mayores expectativas de salario (pp. 165-167).

Esta hipótesis *ad hoc* sobre los fundamentos sociotemporales del salario «justo» es acompañada por otra de más largo alcance, que el mismo Jaques destaca como provisional y especulativa (p. 168). La hipótesis introduce el concepto general de horizonte temporal (lapso temporal hacia el futuro que un actor es capaz de abarcar y convertir en guía de su acción presente) (pp. 170-171). Lo que Jaques propone es que ese horizonte varía entre los individuos a partir de la infancia, con lo que resulta una profunda desigualdad en la capacidad y dominios temporales de los distintos actores sociales (pp. 168 y ss.). Si resulta, por otro lado, que existe

una fuerte correlación entre horizonte temporal, lapso de discrecionalidad de un puesto de trabajo, responsabilidad asumida y salario percibido, parece que se construyen así los fundamentos de una teoría biotemporal de la estratificación social. Jaques no lo enuncia explícitamente, pero es una conclusión lógica de su argumentación: en la distribución de, o acceso a, los distintos puestos de trabajo priman horizontes temporales inscritos desde la infancia.

Este apretado resumen de las ideas más relevantes de *La forma del tiempo* no hace, tal vez, justicia a la riqueza de hipótesis y argumentaciones que la obra contiene, pero muestra fehacientemente lo ambicioso y novedoso de su aportación. Se puede o no estar de acuerdo con las propuestas de Jaques, pero, en cualquier caso, hay que aceptar que ha abierto un campo de análisis que injustamente se ha solido dejar de lado y que urge abordar colectivamente.

Me parece, en verdad, incuestionable que la renovación de la epistemología de las ciencias del hombre tiene, como uno de sus cometidos fundamentales, el análisis del tiempo. La postura tradicional, que dejaba esto en manos de los filósofos o aceptaba sin más, como tiempo de la ciencia, el tiempo de la física, ha resultado frustrante y ha bloqueado el entero debate epistemológico sobre las ciencias del hombre.

A pesar de ello, no resulta evidente que la solución que Jaques propone sea tan clara y definitiva como pretende. En efecto, Jaques utiliza el esquema clásico de la demarcación a

la hora de analizar el problema epistemológico del tiempo en el sistema de las ciencias. Tal criterio conlleva la hipótesis de un salto o una frontera neta entre el tiempo de las ciencias naturales y el de las ciencias del hombre. Esto sería incuestionable si las ciencias naturales estuvieran sustancialmente atrapadas por la lógica del complejo tetradsimensional del espacio-tiempo o, más específicamente, por la universalidad, necesidad y unicidad de lo que Jaques llama el tiempo de la sucesión. Esto ha sido así por lo menos hasta la física postrelativista, y su proyección sobre la epistemología es muy visible en la obra de Kant. Pero la situación ha cambiado o, por lo menos, hay crecientes indicios de un cambio que apunta hacia un profundo replanteamiento de los conceptos temporales del mismo discurso físico. Se está creando así una situación nueva de la que son exponentes obras como las de Prigogine (1983) y Scheurer (1979), que plantean la necesidad de una nueva convergencia entre ciencias naturales y ciencias del hombre, alrededor de un tiempo análogo que es ya mezcla de sucesión e intención. En efecto, si la física se ve abocada al estudio de la irreversibilidad, la direccionalidad del tiempo, la «historicidad» del universo material, lo probabilista, las ramificaciones de los procesos, la emergencia de novedades, etcétera, entonces la hipótesis tradicional de demarcación carece de sentido y se hace más plausible la de una nueva convergencia.

Todo lo cual no quita un ápice de razón a la llamada de Jaques a una

reflexión autónoma de sociólogos y psicólogos sobre el problema epistemológico del tiempo. Lo que pone en cuestión es que eso lleve necesariamente a la problemática clásica de la demarcación y a la consolidación del esquema tradicional de las «dos culturas». El que haya que seguir distinguiendo no quiere decir que haya que acabar por recrear compartimentos estancos entre los que un diálogo mutuamente beneficioso sea imposible.

Por otro lado, que el tiempo de las ciencias del hombre haya de ser bidimensional no constituye argumento suficiente para bifurcar el sistema de las ciencias. La dimensionalidad, ya sea espacial o temporal, hace tiempo que perdió el carácter de universalidad y necesidad que todavía le asignaban Kant y Newton al unísono. La aparición de geometrías no-euclidianas a lo largo del siglo pasado introdujo la posibilidad de pensar un espacio carente de las tres dimensiones clásicas. Esta misma posibilidad se abre también cara al tiempo (véase Kroes, 1985). Ciertamente, para abordar adecuadamente este tema habría que debatir el problema general de la convencionalidad de los marcos generales de nuestra ordenación de lo real, problema demasiado complejo como para encararlo aquí. Con todo, interesa subrayar que el tiempo en sí carece de dimensionalidad específica necesaria y que, en función del contexto y de sus potencialidades heurísticas, cabe operar con un tiempo *n*-dimensional, tanto en física como en sociología.

La fundamentación de Jaques de la

unidad del tiempo plantea también serios problemas. Es claro que todo depende del tipo de determinaciones que se confieran al tiempo. Si lo que se quiere decir es que, de alguna forma, existe la posibilidad de traducir unos lenguajes temporales a otros, la idea parece plausible, pero sin que implique la invariabilidad del tiempo. Si, por el contrario, se pretende que las determinaciones del tiempo son siempre idénticas, entonces no se hace sino bloquear un campo de análisis que, por lo menos sociológicamente, es muy interesante.

En efecto, si definimos un sistema temporal a partir de un complejo de determinaciones como: *a*) relaciones ordinarias; *b*) relaciones topológicas; *c*) relaciones métricas; *d*) relaciones entre pasado, presente y futuro, parece que, en el marco de ese complejo, las posibilidades de variación son múltiples y que así se abre la eventualidad de sistemas temporales radicalmente distintos. Si un sistema de organización del tiempo lo presenta como carente de dirección, o prescinde de la idea del continuo, o no utiliza relaciones binarias de sucesión, o bloquea la medición de intervalos, o define de manera peculiar las relaciones entre el pasado y el futuro en el presente, etc., parece plausible suponer que nos encontramos ante un tiempo dotado de una fuerte identidad, con repercusiones innegables sobre la orientación en el mundo de sus portadores. Negar esta posibilidad es más que negar la evidencia empírica que le hace salir a la luz: es negarse a emprender un programa de investigación que puede resultar

muy interesante (véase Luhmann, 1976 y 1983).

Análogas dificultades acechan al relacionismo de Jaques. Dejo a un lado la pretensión de que la ciencia posrelativista haya corroborado el relacionismo de Leibniz. Es una postura muy común, pero que no carece de dificultades (véanse Friedman, 1983; Earman, 1970). Más interesante parece evaluar el modo en que Jaques materializa la estrategia leibniziana. Su planteamiento es que sólo podemos comprender la forma del tiempo a partir de la forma de la experiencia. Pero lo que esa forma sea se presenta prescindiendo de la problemática clásica fijada por Kant y recurriendo exclusivamente a una filosofía de la percepción, enriquecida con la utilización de conceptos freudianos (consciente, preconscious e inconsciente). Lo que este marco analítico supone es que, dándose en la experiencia el cambio y la permanencia, éstos son percibidos con distintos lentes focales (pp. 248 y ss.) o en distintos *topoi* de aparato perceptor (pp. 59-60); de ahí resultaría la específica ordenación temporal. Lo que así se deja de lado es la vieja y sensata objeción de Kant a Leibniz: la percepción del cambio y la permanencia presupone, lógicamente, el tiempo; no se trata de cómo percibimos algo preexistente, sino de cómo constituimos (espacio-) temporalmente el fenómeno (véase Al-Azm, 1967). Y esa constitución supone, al menos, la presencia de lógicas temporales que resultan de una competencia general (para la ordenación de lo inmediatamente caótico) característica del ser humano. No sig-

nifica esto optar por la solución ortodoxa de Kant, sino aceptar la validez de su objeción, aunque sea para desarrollarla de otra manera. En definitiva, en contra de Jaques, el tiempo no se «ve» en la percepción del mundo, sino que es éste el que resulta temporalmente ordenado. Si prescindimos del análisis de las lógicas temporales que nos permiten tal ordenación, el mundo (?) no sería sino una «rapsodia de impresiones», por utilizar la magnífica metáfora de Kant.

Si la teoría general del tiempo de Jaques adolece de estas insuficiencias, su proyección en el campo de las ciencias del hombre muestra otras significativas. Las más decisivas se refieren al concepto clave de tiempo de la intención o dimensión intencional del tiempo.

Que la acción humana sea —por lo menos inmediatamente— intencional, que la intencionalidad incorpore el tiempo (ej., previsiones) y que tomar esto en consideración sea crucial para la sociología, todo esto parece, en principio, apromblemático y plausible. Las dificultades empiezan antes y después de esta tesis tan general, es decir, tanto a la hora de acotar lo intencional como a la hora de utilizar el concepto en el análisis sociológico.

Lo que Jaques sitúa en la dimensión intencional del tiempo es un conjunto demasiado heterogéneo en el que se acumulan tanto la estricta previsión/expectativa de la conducta intencional como el fluir (vía anticipación, atención y memoria) del futuro al presente y de éste al pasado, como la idea de un tiempo direccional, la

irreversibilidad, etc. En realidad se trata de un conjunto cuya única definición posible es negativa: forma parte de él todo lo que es extraño a las estrictas relaciones ordinales de sucesión y simultaneidad que constituyen la otra dimensión del tiempo. Concebir un conjunto tan desestructurado como dimensión intencional del tiempo es tanto como privilegiar injustificadamente a uno de los componentes a expensas de los demás. ¿Por qué la intención y no la irreversibilidad, o la memoria, o el juego de ésta con la atención? Apostar fuertemente por un aspecto es tanto como dejar los otros en la oscuridad.

Por otro lado, aun aceptando el carácter intencional de la acción humana, la apertura de un frente sociológico de análisis pone problemas que Jaques no hace sino sortear. En efecto, por jugar con una vieja intuición de Durkheim, la aproximación sociológica presupone que no todo es intencional en la intención. Jaques no aborda esto, salvo en su vertiente epistemológica (la objetivación de la intención). En realidad, si lo que él llama tiempo intencional es relevante en el campo del análisis sociológico es porque la intención se halla, en buena medida, socialmente estructurada. Esto aparece claro, por ejemplo, en los últimos trabajos de Merton, quien, guiado por intereses preferentemente teóricos, ha propuesto la introducción en el repertorio analítico de la sociología del concepto de expectativas sociales de duración (*socially expected durations*). Estas definen duraciones socialmente prescritas o colectivamente construidas que apa-

recen en el marco intencional de la acción (véase Merton, 1984 y 1985). Que Jaques no haya entrado seriamente en este nivel de análisis teórico hace más limitada y ambigua su propuesta sobre la dimensión intencional del tiempo.

Por último, la proyección que Jaques hace de la bidimensionalidad del tiempo en el campo de la investigación sociológica no sólo parece, como él mismo resalta, especulativa, sino aun arriesgada y descaminada. La hipótesis por la que acaba relacionándose la estratificación social con la desigual distribución de las competencias temporales es, en efecto, sustancialmente desacertada porque sortea el problema crucial en este campo: la preexistencia de aparatos burocráticos sometidos a un proceso histórico de jerarquización, taylorización, fordismo e informatización define ya puestos y tareas cuyo lapso de discrecionalidad, por utilizar la terminología de Jaques, está prefijado. Su rigidez es tal que hace poco verosímil la hipótesis de que se amolden a los diferenciados horizontes temporales de los actores sociales. Por demás, como ha destacado Luhmann (1985), ésta puede ser la razón de las paradojas (la racionalización que acaba siendo irracional) y laberintos disfuncionales que caracterizan en la actualidad el funcionamiento de las burocracias.

Ramón RAMOS

BIBLIOGRAFIA

- AL-AZM, S. J. (1967): *Kant's theory of time*, Nueva York, Philosophical Library.

- EARMAN, J. (1970): «Who's afraid of absolute space?», *Australasian Journal of Philosophy*, 48, 3: 287-319.
- FRIEDMAN, M. (1983): *Foundations of space-time theories: relativistic physics and philosophy of science*, Princeton, Princeton University Press.
- GALE, R. (ed.) (1968): *The philosophy of time*, Londres, Macmillan.
- KROES, P. (1985): *Time: its structure and role in physical theories*, Dordrecht, Reidel.
- LUHMANN, N. (1976): «The future cannot begin: temporal structures in modern society», *Social Research*, 43: 130-152.
- (1983): «Temporalizzazione della complessità: la semantica dei concetti temporali dell'epoca moderna», en LUHMANN, N.: *Struttura della società e semantica*, Roma, Laterza.
- (1985): «Il tempo scarso e il carattere vincolante della scadenza», en TABBONI, S. (ed.): *Tempo e Società*, Milán, Angeli.
- MCTAGGART, J. (1975): «The Unreality of Time», en SHEROVER (ed.): *The Human Experience of Time*, Nueva York, N. Y., Un. Press.
- MERTON, R. K. (1984): «Socially expected durations: a case study of concept formation in sociology», en POWELL, W., y ROBINS, R. (ed.): *Conflict and consensus: a Festschrift for Lewis A. Coser*, Nueva York, The Free Press.
- (1985): «Le aspettative sociali di durata. Intervista a Robert K. Merton a cura di Anna di Lellio», *Rassegna Italiana di Sociologia*, 26, 1: 3-26.
- PRIGOGINE, I. (1983): *La nueva alianza*, Madrid, Alianza.
- SCHEURER, P. (1979): *Révolution de la science et permanence du réel*, París, PUF.
- ZERUBAVEL, E. (1981): *Hidden rhythms*, Chicago, Un. of Chicago Press.

CARLOS PARÍS

Crítica de la civilización nuclear

(Madrid, Ed. Libertarias, 1984)

La civilización humana vive momentos de cambio acelerado. Las distintas ciencias sociales van dando vueltas a sus principios teóricos y metodológicos, para intentar dar las respuestas adecuadas a los nuevos problemas de nuestra sociedad. Pero, cuando se reflexiona en profundidad sobre el futuro, se descubre que tiene mucho que ver con nuestro pasado y que, en definitiva, nada hay de nuevo bajo la luz del sol. Se ha escrito hasta la saciedad de las «nuevas tecnologías», de la «sociedad del ocio» o del «peligro nuclear»; tenemos la sensación de que muchos de los estudios se han limitado a engazar un conjunto ordenado de tópicos, sin

plantearse el modelo de sociedad del que partimos y al que, previsiblemente, vamos a llegar. En este sentido, se agradecen los libros que —como el que presentamos en esta crítica— reflexionan sobre el hombre y su libertad, en un mundo lleno de avances y retrocesos en el que parecen posibles y realizables tanto la utopía como su contrario. La felicidad y la solidaridad están realizando desde el principio de los tiempos un pulso frente a la aniquilación y la explotación; a finales del siglo xx no sabemos aún quién se alzará con la victoria, pero hemos de ser conscientes respecto a quién ha dominado la mayor parte de nuestra historia.

*El dilatado compromiso
de un intelectual*

La *Crítica de la civilización nuclear* agrupa un conjunto de ensayos que hacen patente un momento determinado del largo programa de investigación que Carlos París ha desarrollado, desde la filosofía, sobre estos temas que podrían resumirse en el título de otro libro suyo escrito hace casi veinte años: *Hombre y naturaleza*. Esta es para nosotros la razón más importante para recomendar el libro: se trata de un alto en el largo camino que tiene unas lejanas raíces —*Física y Filosofía* (1952); *Ciencia, Conocimiento, Ser* (1957); *Mundo técnico y existencia auténtica* (1959...), o *El rapto de la cultura* (1978)—, y esperamos que una amplia producción intelectual futura.

Y es que en nuestro panorama investigador no son corrientes las experiencias que diseñan los distintos proyectos en el marco de unos objetivos de largo alcance.

¡Cuántas veces la tesis doctoral de un universitario empieza y termina en sí misma! ¡Cuántos excelentes estudios son el principio de un camino que jamás se va a recorrer! La obra de Carlos París tiene el gran mérito de desvelar algunos interrogantes y, por supuesto, plantearnos un conjunto de preguntas sin respuesta sobre las que seguir su (y nuestra) reflexión.

El libro que comentamos tiene, pues, unos antecedentes continuados en la producción intelectual de Carlos París y, por lo tanto, en su propia biografía, que ha vivido con continui-

dad la opresión y la libertad, la amistad frente a los intereses mezquinos, o la vida frente a la muerte. Tal como veremos, detrás de un aparente pesimismo, se esconde en esta *Crítica de la civilización nuclear* la profunda esperanza en un mundo capaz de superar sus propias contradicciones. A partir de una crítica implacable, sumando unas gotas de idealismo, caricaturizando nuestra sociedad y añadiendo unos gramos de amarga esperanza, tenemos ya preparado el coctel que ha de interesar, sin duda, a los investigadores de las distintas sociedades. El estudio de cualquier aspecto de nuestra sociedad, por específico que sea, necesita de la visión de conjunto que la filosofía —en este caso de la mano de Carlos París— nos puede ofrecer.

*Nuestra sociedad
viejas desigualdades*

En los primeros dos capítulos, París nos presenta la contradicción básica en la que se desenvuelve nuestra sociedad, que ha sabido compaginar civilización y barbarie. Los grandes avances tecnológicos han permitido, paralelamente, aumentar la calidad de vida de unas minorías e incrementar las desigualdades hasta condenar a la dura muerte del hambre a una inmensa mayoría de la Humanidad. Pero, quizás el rasgo más característico de nuestra era sea el haber sabido compaginar la explotación con la capacidad de destrucción total. Por primera vez en la historia no sólo un grupo reducido de hombres dominan («pri-

vilegio depredador») a los demás, sino que son capaces de destruir con facilidad a todo el planeta y, por lo tanto, a sí mismos.

Este es el gran absurdo de un mundo aparentemente cimentado en la racionalidad, que ha aprendido a desarrollar el conocimiento y el dominio sobre la naturaleza hasta límites impensables. A partir de ello se han conseguido avances innegables, pero también se han fabricado máquinas infernales cuyo potencial destructivo supera, incluso, la dialéctica amigo-enemigo, puesto que su potencial destructor abarca ambos conceptos en una dramática «síntesis final».

Precisamente, cuando Carlos París reflexiona sobre el armamento y todas sus derivaciones destructoras, como la «guerra convencional», o la guerra química, o la destrucción bacteriológica, se pregunta por alguna «lógica objetiva» que pueda explicar tanta locura colectiva. Aparentemente, la contradicción es clara: frente a unos crecientes gastos militares y a una continuada inversión en destrucción se sitúa un mundo torturado por el hambre, que podría ser más justo y solidario si contara con una adecuada distribución de los recursos.

Muy clara es la visión de este autor sobre «la profecía que se cumple a sí misma»: los gastos militares sirven para hacer más ricos a los países más ricos y más pobres a los más pobres. Esta es, nos parece, la «lógica objetiva» que nada tiene que ver con los argumentos que relacionan el armamentismo con el desarrollo económico y tecnológico, o con una fuente de trabajo y de riqueza en un mun-

do en crisis. Esta es sólo una cara de la moneda.

Tal como sugiere Carlos París, el eje del análisis no debe centrarse en discutir si han existido o no, o cuáles han sido, las grandes aportaciones de la industria del armamento a la vida humana, sino en suponer que la «civilización nuclear» es el resultado de un camino de explotación y desigualdades en nuestro mundo occidental. A nosotros nos parece evidente que el armamentismo no puede tener una «justificación económica», sino que debe encajarse en un modelo determinado de sociedad capitalista desarrollada. En este contexto, es fácil entender que a partir de la aplicación del pensamiento científico y técnico al armamento se han desarrollado procesos que han servido para *mejorar la calidad de vida y la capacidad de dominio* de unos pocos (los poderosos); pero de ninguna manera puede suponerse que éste era el único camino posible. La novedad fundamental es —tal como hemos comentado— la capacidad destructiva de las armas actuales, que puede acabar con las desigualdades por el drástico camino de acabar con la Humanidad.

La constante explotación destructiva que ha sufrido la naturaleza nos ha hecho olvidar que ésta «forma parte de nuestro ser» y que, por tanto, la destrucción del medio ambiente es, en definitiva, un suicidio colectivo. Para profundizar estas reflexiones, Carlos París nos propone el diálogo constante entre naturaleza, hombre y sociedad, puesto que sólo desde esta visión de conjunto será posible superar esta muerte anunciada.

Nos parece especialmente interesante el análisis histórico de esta compleja relación, desde los griegos y hebreos hasta la actualidad, que plantea, al fin y al cabo, el problema de la supervivencia.

Capitalismo y vida cotidiana

En los capítulos III y IV, Carlos París nos habla de estilo de vida, valores y vida cotidiana en el capitalismo avanzado. Desde un aparente pesimismo, este autor nos propone la reflexión sobre nuestra sociedad y nuestra vida. Muchos de los científicos sociales que trabajan en aspectos especializados o en sectores punta deberían leer estas páginas para situar su trabajo en una sociedad concreta que ha corregido la masificación y la programación de casi todos los actos de la vida humana. Parece difícil escapar a este dramático determinismo que nos aboca a una sociedad «sutilmente totalitaria».

El capitalismo avanzado ha creado nuevas formas de alienación y fuertes distorsiones en la conciencia colectiva. Evidentemente, no son válidos los viejos análisis marxistas, basados en una concepción dual que enfrentaba a burgueses y proletarios. El abanico de las clases sociales ha vivido grandes cambios que —como se desprende del libro que comentamos— afectan más a la «forma» que al «fondo» de las relaciones de clase. El innegable aumento del nivel de vida de muchas sociedades industriales no parece acompañado de un paralelo crecimiento de la calidad o de una ampliación de los espacios reales

de la libertad humana. Tal como anunciara Carlos París, el crecimiento económico ha significado, en muchos casos, la explotación, la mediocridad o la miseria espiritual.

No es casual que los aspectos más ampliados en el análisis del filósofo hagan referencia a la creación intelectual y artística, así como a las posibilidades de crítica y transformación de nuestra sociedad. La creciente «monotonía» en la vida humana se traslada también al desarrollo de la ciencia en todas sus ramas. Así encontraremos en nuestra sociedad grandes innovaciones técnicas frente a un retroceso de la capacidad de explicación global de los científicos sociales. Precisamente, llegados a este punto encontramos un análisis preocupado y crítico que quizás llegue —en su voluntad de arrastrar al lector— a una cierta idealización de algunos «tiempos pasados»; cuando (pp. 90 y 91) Carlos París se refiere a la familia o a la amistad pensamos que enfatiza sobre todo aquellos aspectos «utópicos» (en el sentido de críticos con el orden social existente), más que relaciones humanas reales: «La tertulia, el paseo, el convite (...) y la comunicación amistosa» son —nos parece— tan difíciles en el momento presente como en otras situaciones históricas. La posibilidad y la apariencia no siempre significan la realización de un deseo. Es muy claro que hoy han cambiado las circunstancias de vida y que, por lo tanto, las relaciones sociales deberán moverse en otro contexto que hace, quizás, más difícil —pero no imposible— la utopía.

*¿La crisis de la sociedad
o la sociedad de la crisis?*

A continuación, *La crítica de la civilización nuclear* concentra la mirada en el concepto de crisis. De hecho, todas las generaciones humanas han vivido en las distintas fases históricas una etapa crítica en la que se agudizaban las contradicciones y en la que parecía evidente el fracaso de un modelo. Nos parece muy útil la propuesta de Carlos París de empezar la reflexión con un ejercicio perpetuo de «humildad generacional», reconociendo que quizás no estemos viviendo la etapa decisiva, sino un paso más en el largo camino de la Humanidad; «la crisis (es, pues, una) revelación de la sociedad precedente» y, nosotros añadiríamos, un claro antecedente del futuro de nuestra sociedad.

Todo el razonamiento casi obsesivo sobre la irracionalidad de un mundo en crisis tiene un núcleo central de análisis. La ciencia y la revolución tecnológica se han convertido en paradigmas de una sociedad alienada. El discurso neoliberal ha degenerado en una dinámica de individualismo, de culto a la eficacia y de profundo desinterés por el futuro de la Humanidad. La ciencia y la tecnología forman parte de una *razón instrumental* que no aportan a las personas más que incertidumbre, angustia y perplejidad. El mundo actual, en su versión pensante-dominante, no propone más que soluciones técnicas a problemas

reales y, como tales, el discurso se cierra en su propia irracionalidad.

La propuesta de Carlos París, en la línea del razonamiento crítico y liberador, puede parecer hoy día caduco y premoderno. Pero significa el intento sintetizador por recoger un planteamiento argumental que abre las puertas a la utopía y a la comunicación. Como buen intelectual, su compromiso con el mundo le obliga a reflexionar sobre la dimensión política del conocimiento y a proponer líneas generales de praxis renovadora. El punto de partida es moral, que no moralizante; es general, que no genérico; es real, que no realista; es trascendente, que no metafísico. Sin embargo, el enfoque amplio que adopta, a veces, le lleva a dar una impresión dispersa en el resultado final.

No obstante, toda la línea argumental que atraviesa el libro se basa en la perplejidad más absoluta. Se trata de evidenciar una contradicción flagrante, una situación que requiere un nuevo rumbo: el antagonismo entre las potencialidades humanas de liberación y el uso destructor de las mismas. En un mundo como el nuestro podemos dirigirnos hacia la destrucción o hacia la irracionalidad, hacia la barbarie o hacia la justicia. El pesimismo del análisis lleva al autor hacia el optimismo de la voluntad. Todo depende de la opción que entre todos hagamos. Carlos París ya ha hecho la elección, y este libro nos lo recuerda.

Francesc HERNÁNDEZ
Francesc MERCADÉ

SISSELA BOK

“Secrets” (On the Ethics of Concealment and Revelation)

(Oxford —Melbourne—, Oxford University Press, 1984)

Todos tenemos secretos. Son ellos los guardianes de nuestra vida privada, de aquellas zonas en penumbra veladas a los demás y reservadas a los elegidos que se hacen merecedores de compartir nuestra intimidad. Revelar un secreto es descubrir aquello más oculto de la personalidad y supone que el otro se transforma en nuestro cómplice. El secreto construye una alianza, una urdimbre de fascinación y entrega entre sus protagonistas. La práctica del secreto (en inglés *secrecy*, término usado a lo largo de toda la obra) es, como ya dijera Simmel, una forma sociológica general.

Todas las relaciones humanas descansan en una dialéctica de saber y ocultación, de entrega y retención de la información acerca de las personas. Sissela Bok, nacida en Suecia y profesora de ética en Harvard, acepta las premisas simmelianas y acomete un detallado estudio del secreto, o, más bien, de su práctica social, desde dos dimensiones, a saber: la vida personal y la esfera pública. Su libro constituye una discusión pormenorizada acerca de los problemas morales que entraña el secreto, tanto en la esfera privada, en el área de los afectos y relaciones personales, como en la arena pública, en el ámbito del gobierno y el poder en general. Cada una de estas esferas supone una elección ética particular: si en el terreno de lo personal el secreto ha de considerarse como una práctica positiva, en lo público su validez moral es, como poco, problemática.

Bok define el secreto como un «ocultamiento intencional» (p. 9), como una retención voluntaria de una información concerniente a aspectos privados de los individuos. Los conflictos en torno al secreto son conflictos de poder, del poder que confiere el control de la información sobre el otro. *Secrecy* está relacionado con nociones colindantes, tales como *privacy*, que hace referencia a una hipotética esfera que contiene lo propio, lo más personal del individuo. (Bok advierte sobre la necesidad de usar metáforas —tales como «esferas», «espacios», «límites», «santuario»— para domeñar temas tan resbaladizos, a caballo entre la psicología y la sociología.) La «privacidad», esto es, la vivencia y práctica del universo privado, alude a una condición de estar protegido de otros, de la existencia, atención o intrusión del prójimo, considerado como potencial invasor de mi esfera íntima. El derecho a la «privacidad» apunta, pues, a la demanda de respeto de un dominio que yo considero únicamente mío. *Privacy* hace alusión a la zona vedada a los demás, tomados en conjunto; *secrecy* sería una de las formas de práctica de lo privado.

Al decir de Simmel, el secreto es un elemento individualizador de primer orden; la posesión de una información —respecto a uno mismo o respecto a los demás— vetada a los otros provoca una cierta fascinación, un cierto aura que desprende aquello que se ignora pero que se deja intuir.

En este sentido, Bok apunta a «lo sagrado» como otra de las nociones enlazadas con el secreto. Así, el secreto oculta lo más sagrado de la personalidad; la violación de lo secreto constituye un atentado contra la dignidad, contra la identidad concebida como propiedad privada espiritual. Siendo las relaciones humanas una dialéctica de saber y ocultación, el secreto se conforma como un arma a esgrimir en el juego del conocimiento de propios y ajenos. Así, Bok advierte: «To have no capacity for secrecy is to be out of control over how others see one; it leaves one open to coercion. To have no insight into what others conceal is to lack power as well» (p. 19). El secreto guarda la zona sagrada de nuestra personalidad y, por tanto, protege nuestra vida privada de la mirada de los demás.

Se diría que Bok se hace eco de la noción de «libertad negativa», dentro de la tradición liberal, que conlleva una percepción recelosa de los otros, del prójimo, en tanto que potencial invasor del área propia. Se entendería así la prevención que muestra la autora en relación con la confesión, relato del yo desnudo que se entrega de manera absoluta a aquel que escucha. La desinteresada atención del amigo o la paciencia institucionalizada del confesor de iglesia o de diván pueden dar lugar a un proceso de «vampirización», a través del cual aquel que escucha se apodera, en clave de metonimia, del corazón del otro: «Through seeking to learn their secrets, we hope to share their intensity and aliveness» (p. 34).

Bok es muy crítica con respecto a

la confesión, considerada en nuestra cultura occidental como ejercicio terapéutico. Si bien puede entenderse como demanda de intervención, la confesión tiende a aumentar la vulnerabilidad del que habla, en tanto que la propia dignidad se pone en juego. En la dialéctica del secreto la posibilidad de abuso está siempre presente. Ello ocurre también con el cotilleo, práctica social que trivializa la información acerca de otros y que borra las fronteras entre lo público y lo privado.

Sin embargo, y a pesar del enfoque crítico respecto a algunas de las consecuencias del ejercicio del secreto, la autora de *Secrets* afirma la bondad moral de aquél. En la vida personal, en el terreno de las amistades y los afectos, es recomendable y beneficioso jugar al ocultamiento. El secreto realza el valor de la individualidad, a la vez que permite el retiro parcial tras las fronteras de «lo propio», de lo íntimo. Es, pues, un elemento indispensable en la vida personal, cuando ésta ha de ser entendida como liza de afecciones y voluntades.

Cosa muy distinta sucede en la arena pública, en la cual la práctica del secreto implica opciones éticas mucho más espinosas. Bok parte de dos afirmaciones que recorrerán el análisis del secreto «a gran escala»: primera, que la vida humana ha de ser considerada como un valor en sí misma; segunda, que el uso del secreto por parte del poder es intrínsecamente peligroso para la dignidad humana y tiende a ser moralmente reprochable. Así, afirma: «When power is joined to secrecy, therefore, and when the

practices are of long duration, the danger of spread and abuse and deterioration increases» (p. 110).

Bok dedica dos tercios de su libro a analizar detalladamente el ejercicio del secreto en los ámbitos más destacados de la vida social contemporánea: el secreto profesional o el secreto de Estado, así como a dirimir las dificultades morales inherentes en el ejercicio abusivo del periodismo o de las propias ciencias sociales. Bok estudia pormenorizadamente las llamadas *racionales* o formas justificatorias, a través de las cuales las prácticas del «macrosecreto» buscan legitimación.

Así, por ejemplo, el secreto político encubriría su ambivalencia moral en aras de la razón de Estado, de la cual la doctrina de los *arcana imperii* es un ejemplo. Tales fórmulas han atribuido al gobierno una naturaleza sagrada, a la cual se opone la tradición liberal con su demanda de un «principio de publicidad», en tanto que fórmula que uniría moral y política. La exigencia de publicidad está en la base de los principios básicos del orden democrático y recobra toda su vigencia en estos tiempos. En este sentido, el análisis de los secretos militares nos enfrenta con el dilema de priorizar la seguridad nacional o, por el contrario, de favorecer la transparencia en una materia que afecta directamente a los ciudadanos.

Es, asimismo, de interés el examen que Bok hace del *whistleblowing*, término de enconada traducción, y que se refiere a la actividad de aquellos individuos que denuncian actividades públicas que contienen negligencias, abusos o peligros lesivos pa-

ra el interés general. Así, la enfermera que denuncia la dejadez higiénica de la institución para la cual trabaja, o el técnico que revela los efectos contaminantes de una central nuclear, participan en la dialéctica del secreto desde la orilla de la revelación. *Whistleblowing* y *leaking* (o información filtrada) son actividades difíciles de calificar moralmente, puesto que en ellas se dirimen cuestiones de lealtad (respecto a la compañía u organismo para el que se trabaja y al cual se denuncia), junto con problemas de conciencia y unos imprevisibles efectos negativos para el futuro profesional del informante.

Secreto de Estado, secreto militar y *whistleblowing*, actividad cercana a la desobediencia civil, son sólo algunos de los modos en los que la ocultación de la información se ejerce a nivel público. Bok lleva a cabo su tarea apoyando sus cautas reflexiones morales en un enorme material empírico: el *affaire* Watergate; el escándalo provocado por los documentos del Pentágono, que iluminaron las oscuridades de la guerra del Vietnam; el suicidio de un otrora niño prodigio, víctima del acoso de la prensa, etcétera... *Secrets* es una obra muy seriamente documentada que acomete el análisis de un universal sociológico, el secreto, sobre el que se había escrito poco. Tanto el análisis de las relaciones privadas a la luz de lo oculto como el tratamiento del secreto a gran escala son reveladores para entender mejor una realidad que se teje frecuentemente a nuestras espaldas, por obra y gracia del secreto.

Helena BÉJAR

JOSÉ LUIS PIÑUEL

El terrorismo en la transición española (1972-1982)

(Madrid, Editorial Fundamentos, 1986)

El profesor José L. Piñuel, que había ya publicado anteriormente un excelente análisis de contenido de textos religiosos¹, vuelve a aplicar una metodología de base comunicacional a uno de los objetos de estudio más relevantes de nuestro tiempo: las representaciones sobre el terrorismo y la violencia terrorista.

Advertimos al lector que no se trata en este caso de un análisis de contenido, sino de una metodología *ad hoc* para captar los estereotipos de la violencia, aplicada a un repertorio de 773 atentados terroristas en la década 1972-1982; es decir, incluyendo tanto los últimos años del franquismo como los primeros de la transición democrática.

Durante este período, la violencia terrorista atacó sistemáticamente a personas e instituciones con un vigor inusitado, singularizándose por la diversidad ideológica de los atacantes, unas veces de extrema derecha y otras de extrema izquierda, así como de independistas vascos. Sin embargo, el objetivo de todos ellos era el mismo: debilitar al Estado democrático y a sus principales instituciones.

La investigación empírica en la que se fundamenta el libro se realizó el año 1984 en el Centro de Análisis Social de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, como intento de hacer alguna aportación desde la Teo-

ría de la Comunicación a la Sociología Política, y dentro de una investigación más amplia sobre la violencia política en las sociedades contemporáneas.

El método se fundamenta en interpretar el terrorismo, y las agresiones terroristas en concreto, como acciones comunicacionales, o sea, «expresivas», que contienen referentes míticos de carácter político. La representación de la violencia terrorista puede equipararse a la representación de un ritual político. El autor lo define de la manera siguiente: «Se parte de la hipótesis de considerar la dinámica social desencadenada por los atentados terroristas como un ritual de cuyas pautas participan no sólo los agresores, sino también la sociedad entera. Así, tanto los agresores como las víctimas, como miembros de colectividades en conflicto, encarnarán un acontecer cuyo sentido sólo se comprende si a través de la narración que de él hacen los medios de comunicación quedan comprometidos el poder y el contrapoder políticos» (p. 8).

En la primera parte del libro, titulada «Las variables del ritual», se ofrecen los principales rasgos de la metodología aplicada, así como el tratamiento de datos realizado. Se considera como objeto principal de análisis las «agresiones terroristas de distinto signo», interpretadas, al mismo tiempo, como acontecimientos comunicacionales y como acontecimientos sociopolíticos. Por ello, resulta

¹ J. L. PIÑUEL, «Un análisis de contenido de devociones populares», *REIS*, número 3, 1978, pp. 135-164.

imprescindible vincular el análisis de los componentes del acontecimiento con su interpretación sociológica.

Desde esta perspectiva teórica, la principal manera de captar el significado de los datos implicados en los atentados terroristas ha sido «el análisis y elaboración de datos históricos del acontecimiento... hasta... reconstruir el fondo (sobre el que destaca cada atentado)» (p. 15).

El reconocimiento de las diversas formas expresivas que adquieren los actos terroristas facilita la elaboración de hipótesis y categorías específicas, que, además, sólo adquieren un sentido preciso y diferenciable dentro del contexto político en un período determinado de cambio, caracterizado por la crisis del autoritarismo franquista y postfranquista, la emergencia de movimientos democráticos y la consolidación de instituciones reformistas y plurales.

Este modelo de análisis, claramente tributario de la psicología de las formas (Gestalt), por una parte, y del estructuralismo antropológico, por la otra, aplica, además, determinadas categorías de la *Morfología del cuento* de V. Propp² para analizar la interpretación que los propios terroristas hacen de «su ritual».

Desde esta perspectiva, el reconocimiento del «ritual terrorista» está indicado por la justificación manifiesta de la acción violenta que ha decidido realizar el agresor hacia la víctima en un momento determinado, así como por la explicitación de sus fines.

Desde una perspectiva metodológica, las acciones estereotipadas permiten estructurar en un modelo formal las representaciones comunicacionales que contienen, así como los distintos elementos expresivos que se manifiestan en el acontecer terrorista, considerado como un conjunto de narraciones con formas limitadas y significados circunscritos.

El agresor y la víctima, como agentes sociales privilegiados, pertenecen, en un contexto sociopolítico más amplio, a grupos e instituciones: la Guardia Civil, la Judicatura, el Cuerpo General de Policía, etc. Este reconocimiento es el que valoriza el análisis político subyacente al análisis comunicacional o expresivo.

Las principales variables utilizadas para analizar el acontecimiento terrorista han sido:

A) *El tiempo*, o estación anual, en que ha sucedido.

B) *El tipo de espacio político-territorial*: localidad, provincia, Comunidad Autónoma, región.

C) *La clase de agente agresor*: ETA, otras organizaciones independentistas vascas, organizaciones de extrema derecha, organizaciones de extrema izquierda.

D) *Categoría de las víctimas*: persona física o jurídica; papel o «rôle» económico, jurídico, social o político desempeñado, y tipo de vinculación de la víctima con instituciones sociales y políticas.

Estas variables han servido para elaborar tablas de contingencia, que se han cruzado con datos sobre los

² V. PROPP, *Morfología del cuento*, Fundamentos, Madrid, 1976.

agentes de la agresión. Posteriormente, sobre un *corpus* de unidades de contenido extraídas de los panfletos publicados por los propios grupos terroristas, se han ido identificando, por un lado, las «funciones» de las acciones, según justificaciones y momento de la actuación, y, por otro lado, el tipo de «personajes», según las características de los agresores y las víctimas, y manteniendo como fondo las categorías de Propp.

Es, ciertamente, difícil aplicar métodos formales a las representaciones colectivas, por el peligro de que el método pueda superponerse —e incluso sustituir— a la realidad que interpreta. La frecuente prioridad en los modelos «formalistas» a la lógica del método sobre la lógica de los hechos observados tiende a resolverse muy a menudo por resultados pobres, cuando no confusos.

J. L. Piñuel ha intentado superar en esta investigación el reto del formalismo, de manera que, aunque ha elaborado un modelo lógico y metodológico muy rico, incluso sofisticado, ha dejado siempre manifiesto su propósito de adecuarlo —e incluso subsumirlo— a los hechos empíricos y al contenido expresivo de los acontecimientos.

Si bien el objetivo del trabajo analítico realizado facilita la emergencia de la lógica oculta en la narración del terrorismo sobre los efectos y los móviles, y evidencia también los efectos determinantes del ritual terrorista, también intenta ofrecer una explicación y algunas conclusiones originales sobre las características comunicativas de la actividad terrorista en

una época de crisis, pero también de transformación política profunda de nuestra sociedad española.

En la segunda parte del libro, denominada «La puesta en escena», se exponen las principales conclusiones del estudio, entre las que destacamos, por su interés sociopolítico, las siguientes:

— De 1972 a 1982, aunque el espacio del ritual terrorista se localizó preferentemente en Cataluña, Madrid, el País Vasco y Navarra, también tuvo lugar en otras regiones y provincias, caracterizándose por su ubicuidad. Y aunque las víctimas fueron principalmente personas con rango y prestigio dentro de las instituciones del Estado (militares de alta graduación, jueces conocidos, policías), también pertenecían como miembros destacados a la sociedad civil: empresarios, periodistas, etc. Los agresores fueron en su mayoría miembros de ETA y de diversas organizaciones de extrema derecha.

— Sin embargo, mientras que en vida de Franco (hasta 1975) la agresión partía principalmente de la ultraderecha, en los dos años inmediatos al fin de la Dictadura (1975-1977) procedió casi exclusivamente de la ultraizquierda, y en los años de la transición (1978-1982) de ETA. Se verifica de este modo la incidencia tan directa que tuvo el contexto político en el diferente signo de la agresión terrorista.

— Se manifiesta el contenido mítico y ritual que tienen las actuaciones terroristas por las características del escenario de la agresión, extre-

madamente cuidado. Tanto las víctimas como los objetos y artefactos mediadores que intervienen en las acciones (vehículos, banderas, etc.) portaban —en la representación de los terroristas— la violencia dentro de sí.

— Además del dato de que la acción terrorista la decidían los agresores en el momento inmediatamente anterior, o bien inmediatamente posterior, a determinados acontecimientos políticos (campañas electorales, investidura, elecciones, etc.), la realización de la acción venía casi siempre acompañada de justificaciones de la «razón» y «necesidad» de la misma; y contenía diferentes connotaciones ideológicas y míticas según su signo, como se evidencia en este texto: «Para el terrorismo de extrema izquierda, incluyendo a ETA, *la víctima* del relato es el Pueblo o alguno de sus miembros, alejados de sus propios destinos, reprimidos, castigados, engañados, dañados o carentes de algo que desean fervientemente: autonomía, libertad, etc.; el agresor es el Estado capitalista, cuyos cómplices son los sindicatos, el Gobierno, los partidos políticos... que en calidad de *informadores ayudan al agresor* ilustrándole sobre la *víctima*...» (p. 94).

— Sin embargo, estas justificaciones son distintas para los agresores del terrorismo de extrema derecha, que «asumen no el papel de *héroes*, sino el de *mandatarios* que ante la *fechoría del agresor* (el marxismo materialista o el capitalismo liberal), que *engaña* por medio de unos *informadores y cómplices* (el Rey, los partidos políticos, el Gobierno, los sin-

dicatos, etc.) a la *víctima* (el español *explotado, engañado, apartado de su destino...*), reclama la acción *liberadora del "héroe dormido"* (las *Fuerzas Armadas, el Ejército*) para que, previamente a la lucha contra el *agresor...*, reaccionen apoderándose (de alguna manera) del *objeto mágico* (la *Constitución*)» (p. 94).

— Parece que el verdadero propósito de la acción terrorista, el que subyace a todas las manifestaciones de la violencia, es el de *poder pasar un mensaje a los medios de comunicación social para que, a su vez, lo difundan en la opinión pública y se facilite, así, la comprensión de atentados posteriores*. La información respecto de móviles, justificaciones, actuaciones y repercusiones serviría a la reproducción del fenómeno terrorista. La violencia real y la «violencia simbólica», en el sentido de Harry Pross³, se complementarían como fenómenos sociopolíticos de nuestro tiempo y de nuestra sociedad post-industrial en crisis.

— El principal designio de la actuación terrorista sería, en la interpretación de Piñuel, tanto modificar las actitudes políticas de las organizaciones, instituciones y grupos laborales, sindicales, sociales y políticos como, en especial, alimentar las expectativas de nuevos atentados y mitificar las acciones por encima, incluso, de sus justificaciones y fines políticos.

³ H. PROSS, *La violencia simbólica*, Anthropos, Barcelona, 1984; y *Estructura simbólica del poder. Teoría y práctica de la comunicación pública*, G. Gili, Barcelona, 1982.

Aunque los resultados de este análisis comunicacional tienen mucho interés para sociólogos y politólogos, debido a la fuerte carga emocional que contienen los acontecimientos violentos y sus indudables efectos en la opinión pública y en la reacción de los poderes (económico, religioso, sindical, etc.), nosotros valoramos especialmente este libro por las virtudes del método empleado. Aunque el estructuralismo como método ya no es original, e incluso se considera ya anticuado en diversos medios universitarios, su aplicación respecto de «sistemas cerrados» (como mitos, cuentos, novelas, relatos televisivos, etcétera) se ha considerado como un camino abierto a futuras investigaciones más amplias, y a ser posible comparables por contextos culturales y sociales ⁴.

El estructuralismo aplicado en este modelo, al basarse en el «acontecimiento» como unidad de análisis y de recogida de datos, vincula, desde una perspectiva global, el sistema de comunicación con los sistemas político y social. No hay duda de que el acontecimiento está en la base sobre la que se producen los sistemas de comunicación, y dentro de los cuales operan también otros componentes importantes: como los mensajes, los actores, las expresiones, los instrumentos y las representaciones. Pero, al establecer canónicamente un análisis lógico de las relaciones entre acontecimiento y representación, el autor toma partido por un acerca-

miento que vincula la antropología política con la psicología de la comunicación. Este carácter interdisciplinar, más del método que de la perspectiva teórica, creemos que revaloriza notablemente esta investigación.

La suposición implícita en este análisis de que la información puede afectar, y también alterar, el equilibrio político entre las fuerzas enfrentadas, en especial entre aquellas que utilizan sistemáticamente la violencia real, se ha verificado por la «guerra de comunicados» entre organizaciones terroristas y portavoces oficiales de los Gobiernos, en ambos casos con el fin de inclinar la opinión pública hacia una u otra interpretación del suceso violento, y con ello justificar la espiral de la violencia terrorista y contraterrorista.

Aunque el problema del terrorismo en nuestras sociedades avanzadas está fundamentado en bases psicológicas, sociológicas y antropológicas, tal como lo ha manifestado S. Genovés en su interpretación de la violencia en el País Vasco ⁵, y aunque sus efectos son múltiples, éstos son principalmente económicos y políticos, por lo que inciden sobre el equilibrio/desequilibrio y desarrollo/subdesarrollo de las sociedades.

En el País Vasco español, por ejemplo, la violencia terrorista y contraterrorista ha promovido, directa e indirectamente, la emigración de personas, empresas y capitales, por una parte, así como la radicalización sindical y política de determinadas or-

⁴ J. VIDAL BENEYTO, *Posibilidades y límites del análisis estructural*, Editora Nacional, Madrid, 1981.

⁵ S. GENOVÉS, *La violencia en el País Vasco y en sus relaciones con España*, UNAM, México, 1980.

ganizaciones parlamentarias y extra-parlamentarias, con profundos y amplios efectos electorales, que han facilitado la diversificación del voto, y cierto desequilibrio social e incluso cultural.

Son, por todo lo anterior, los políticos los únicos actores que pueden enfrentarse con éxito con la violencia terrorista. Sin embargo, el papel de los informadores y comunicólogos en este proceso también es importante, máxime teniendo en cuenta que, tal como afirma el autor de este estudio, también coadyuvan, quieran o no quieran, y por la propia lógica de la noticia (originalidad, interpretación, etcétera), a difundir la información manifiesta (y también oculta) del terrorista, sobre todo por medio de la mitificación de su actuación teatral (o ritual).

Quizás tenga razón el profesor Piñuel cuando afirma que los análisis comunicacionales de la información terrorista pueden, al desvelar los verdaderos fines de este tipo de violencia, apoyar una nueva estrategia de lucha informativa contra el terroris-

mo: «[el estudio] puede iluminar un proyecto de actuación política cuyo más inmediato objetivo sería efectuar el seguimiento de la acción terrorista actual mediante estudios como el presente, pero sobre todo cuidándose de no contribuir a la puesta en escena del ritual, encarnando reacciones crispadas fácilmente integrables en su reproducción» (p. 95).

Sin embargo, hay que destacar que cualquier posible proyecto de control político (más o menos matizado, más o menos directo) sobre los medios de comunicación y sobre los informadores puede también comprometer el difícil equilibrio que existe siempre entre el poder y las fuerzas e instituciones culturales. Y, muy a pesar suyo, puede también afectar a la libertad de expresión, con lo cual alimentaría el designio tan acariciado por los terroristas de crear un nuevo frente de conflicto, que se añadiría a los numerosos frentes ya abiertos por la violencia terrorista e intensamente mitificados por determinados medios de opinión.

Miguel Roiz

Antropología Cultural de Andalucía

Edición preparada por SALVADOR RODRÍGUEZ BECERRA
(Sevilla, Junta de Andalucía, Consejería de Cultura, 1984)

Este libro, recopilación de conferencias y proyectos de investigación expuestos en el Primer Encuentro de Antropólogos Andaluces, celebrado en Jerez los días 5 y 6 de marzo de 1982, está dividido en seis apartados, cada uno de los cuales contiene una

serie de artículos que versan sobre un único tema (teoría y metodología, tecnología y artesanía, antropología urbana y marginación..., etc.), pero que ni necesariamente observan la misma metodología ni plantean objetivos únicos de estudio, aunque reu-

nidos todos ellos dan una panorámica bastante aproximada sobre la situación de la antropología en Andalucía y la realidad sociocultural andaluza, yendo desde el folklore hasta la artesanía, pasando por la situación de dependencia económica y cultural que, con respecto a otras zonas del país, sustenta Andalucía.

Como en todas las obras de recopilación de artículos que presentan objetivos distintos y enfoques de diferentes autores, hay en este libro cosas buenas y cosas menos buenas, aunque esto puede quedar compensado por la cantidad de sugerencias y expectativas abiertas por los trabajos e investigaciones de los numerosos autores. De cualquier forma, hay que señalar lo loable del intento realizado por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía y de todos aquellos que participaron en las Jornadas y en la posterior elaboración del libro, al acercarse a la realidad sociocultural andaluza y por los ánimos que esta publicación puede infundir a todos los estudiosos y jóvenes investigadores preocupados por la antropología y por la situación teórica y metodológica de las ciencias sociales.

Es para congratularse que por primera vez una Administración autónoma trate de recopilar diversos problemas culturales que afectan a su jurisdicción en un solo volumen. Esperamos que no sea la última ni la única, porque la pregunta que tan acertada y puntualmente se hace Isidoro Moreno en su artículo —«Antropología cultural, hoy, en Andalucía, ¿para qué?»— se ha de extrapo-

lar a todo el territorio nacional, en un momento crucial, como es el actual, en el que hace relativamente poco tiempo que se ha inaugurado el Estado de las Autonomías y los distintos pueblos toman conciencia de su etnicidad.

El libro es bueno, aunque sea mejor en la intención que en el resultado: porque entre sus casi 600 páginas y sus treinta y cinco artículos hay demasiados proyectos de investigación, demasiadas buenas ideas intuitivas, pero pocos trabajos elaborados y terminados. Esto no es malo en principio, pero se corre el riesgo de no ver publicadas las conclusiones de muchos de los artículos que como proyectos de investigación presentan grandes posibilidades. De todas maneras, en esto influye el hecho de que sea la primera vez que se lleva a cabo, por parte de la Administración, una experiencia como ésta, lo cual pillará siempre por sorpresa.

En este libro se aglutinan, juntos pero no revueltos, casi todos los temas de la antropología sociocultural. En la primera parte, dedicada a teoría y metodología de la antropología, Joan Frigolé Reixach y Pío Navarro Alcalá-Zamora se plantean, en sus respectivos artículos, problemas acuciantes a los que se enfrenta esta disciplina social: el primero de los autores se centra en la conveniencia de seguir utilizando el término «identidad cultural» y las consecuencias que tal uso lleva consigo; para Joan Frigolé no se trata de que los antropólogos rechacen totalmente este concepto, sino de que lo dejen en un segundo o tercer plano, desbancándolo de la situa-

ción privilegiada que actualmente posee en los estudios de antropología, porque nos proporciona una visión limitada de la realidad, no tiene una realidad empírica en la que basarse y transpone las características de lo individual y personal a lo colectivo. Efectivamente, la eficacia del concepto debe, al menos, cuestionarse por la cantidad y variedad de críticas que ha recibido desde distintas escuelas antropológicas.

Pío Navarro, en la misma línea, nos ofrece un intento de aclarar y recordar que el objeto y método de la antropología van más allá de los estudios de comunidades y el trabajo de campo, respectivamente, aunque éstos hayan sido los más importantes y los más frecuentemente utilizados en antropología, de tal manera que a menudo se confunde ésta con la etnografía. Es decir, la única manera que habría, según este antropólogo, de salvar los estudios de comunidades sería relegarlos a un *status* no científico, utilizando métodos descriptivos en vez del hipotético-deductivo. Crítica ésta no aplicable a la antropología en cuanto ciencia de la comprensión del hombre y su cultura, para la que reivindica un *status* científico especial.

En la segunda parte del libro, «La Antropología Cultural en Andalucía», se nos presenta la cultura andaluza como una cultura de la dependencia, agravada por el hecho de que esta relación no se establece entre países, sino entre regiones de un mismo Estado nacional en donde el factor fronteras no existe.

De esta manera, Isidoro Moreno

nos da una panorámica general de la situación real de la antropología en Andalucía como sometida a una doble colonización: la colonización territorial que viene a significar que esta región sólo representa un «campo poblado de informantes» para antropólogos de otros países que, tras recoger sus datos, como vienen se van, y la colonización teórica, que se refleja en la aplicación de esquemas y teorías procedentes sobre todo de las escuelas antropológicas anglosajonas a la realidad sociocultural andaluza; este autor termina su artículo proponiendo, tras apuntar la necesidad de los estudios socioculturales en un momento en que el pueblo andaluz toma conciencia de su etnicidad, la investigación sobre temas concretos, instituciones, rasgos culturales, etc., más que los estudios centrados sobre comunidades determinadas, aunque estas últimas puedan ser tratadas como objeto de estudio para plantear problemas teóricos específicos.

Mientras Isidoro Moreno nos muestra una panorámica general de lo que significa la actual situación de dependencia de la antropología andaluza, José M.^a de los Santos López nos ofrece una serie de notas que caracterizarían el subdesarrollo y la dependencia cultural, como la manipulación y la invasión cultural, características que se plasman en el caso andaluz en una subcultura rebelde, escapista, derrotista, anónima y proyectiva. Proceso de aculturación y desnaturalización que nos recuerdan los efectos de desestructuración que la colonización española tuvo sobre las culturas precolombinas, expuestos,

por ejemplo, en el libro de Nathan Wachtel, *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570)* (Alianza Universidad, Madrid, 1976), cuando el autor caracteriza la desestructuración cultural como la supervivencia de estructuras antiguas o elementos parciales de ellas, pero fuera del contexto relativamente coherente en el que se situaban.

Danielle Provanzal expone en un estudio concreto, por medio de un trabajo de campo realizado en un pueblo de la provincia de Almería, un ejemplo de la relación centro/periferia dentro del Estado español. Analiza esta comunidad surgida como asentamiento humano a finales del siglo XIX y como aldea oficialmente en 1930, su creación, historia, creciente industrialización, crisis, decadencia y, por último, su actual reaparición como zona de interés turístico y extrarradio para la clase profesional de una ciudad cercana. Todo ello basado en la introducción de un capital foráneo, que sólo aporta a este pueblo de pescadores empleo para una mano de obra barata y altamente explotable, lo que viene a demostrar que las relaciones de dependencia no se establecen entre países, zonas o regiones, sino entre modos de producción distintos.

El mérito que tiene el siguiente apartado del libro, el titulado «Antropología urbana y marginación», se puede considerar doble: por un lado, empiezan a aparecer estudiosos y estudios de fenómenos culturales en las áreas urbanas desde un punto de vista antropológico en España, rompien-

do con la arcaica concepción que considera como único objetivo de estudio de los antropólogos la sociedad rural o la cultura campesina, ruptura que tiene la misma dimensión teórica que la que supuso el cambio de objetivos desde las «sociedades primitivas» al campesinado contemporáneo entre los años cincuenta y sesenta, con las obras de Chayanov, Fortes, Wolf, etcétera.

Por otra parte, los diferentes autores cuyos artículos se recopilan en este apartado, al tener como objetivo el análisis de barrios, problemas, instituciones y colectivos sociales urbanos, a la vez que contemplan las causas y efectos de la marginación de grupos sociales, su método suele ser una combinación de la metodología tradicional antropológica, esto es, las entrevistas intensivas a informantes cualificados, el seguimiento o historias de vida y la observación directa y participante, con un método típicamente sociológico como es el pase de encuestas a un gran número de individuos de la población estudiada o directamente implicados en los problemas objeto de estudio, porque, como más de un antropólogo cuyo trabajo es expuesto en este capítulo se encarga de señalar, no es lo mismo el estudio en una zona rural, donde el grupo social contiene pocos individuos que son fácilmente controlables por el investigador, que sobre un barrio o institución urbana de varios miles de personas.

Es importante también hacer hincapié en el intento de colaboración interdisciplinar que este capítulo representa, el apoyo mutuo de la an-

tropología y otras disciplinas sociales, como la pedagogía, el urbanismo y la sociología, en un momento en que, académicamente al menos, la especialización y la atomización rigen la tarea intelectual.

Así, Alfredo Jiménez Núñez, junto con Felipe José del Pino y Ricardo García Pérez, nos presentan, independientemente, distintas facetas de un proyecto de investigación centrado en el problema que la educación, considerada como un subsistema más de la realidad social, tiene con otros subsistemas, tales como el poder, la clase social, el nivel económico, etc., mediante un trabajo de campo realizado en tres barrios de Sevilla. Como los mismos autores nos señalan, hasta ahora no han sido muy intensas las relaciones entre la antropología y la educación, a pesar de la enorme difusión y aceptación de las obras de Margaret Mead sobre los procesos educativos en distintas culturas y de que casi todos los estudios ya clásicos de los «padres» de la antropología tienen un capítulo dedicado a la educación.

El artículo de Elías Zamora Acosta sobre la marginación urbana en Sevilla analiza el caso de un barrio, El Polígono, que, a pesar de las diferencias que se pueden encontrar con una comunidad campesina, mantiene con ésta una serie de rasgos en común como grupo humano, que normalmente convive manteniendo unas relaciones directas entre sí, cuyos vecinos se identifican entre sí y son diferenciados por los demás, apareciendo en ellos una conducta determina-

da, en este caso caracterizada por el alto grado de marginación.

Analiza el autor el modo de vida de este barrio: la situación económica, estrato más bajo de la sociedad, obreros sin cualificar, la mayoría de ellos en paro, que subsisten gracias a lo que se ha venido en llamar la economía informal basada en el trueque y el intercambio; la familia, alta tasa de natalidad en unas condiciones en las que los hijos representan una garantía económica para la unidad familiar, donde es fundamental la figura de la madre y la acentuación de las relaciones primarias significan en muchos casos la llave de la supervivencia; y, por último, su patente rechazo a las instituciones y a la cultura de la sociedad urbana, como lo muestran el bajo porcentaje de miembros no inscritos en las oficinas del paro, la falta de cobertura de la Seguridad Social y la desconfianza y falta de asistencia de los niños a las escuelas.

Este artículo viene a inscribirse en la misma línea de investigación de los antropólogos de la pobreza y la marginación de los que los más conocidos en España son Oscar Lewis y Larissa Lomnitz, pero en la cual hay una larga lista de estudiosos del tema cuyas obras no han sido traducidas al castellano o están sin publicar en este país; todos ellos vienen a sostener que hay relaciones sociales precapitalistas, supuestamente superadas, que vuelven a aparecer en momentos de crisis económica o en ciertas capas de la población.

Odile Luginbulh aporta un estudio sobre las motivaciones y proyecciones simbólicas de los domingueros en el

campo de Andalucía. Los domingos son definidos como aquella población ciudadana de origen local y perteneciente a la clase media para la cual el campo está fuera de todo esquema económico (ni explotan ni son propietarios de terreno), que frecuentemente visita el campo en los días de descanso laboral y para la cual éste tiene exclusivamente un valor de uso. Muestra también las contradicciones entre esta actividad ociosa en el espacio y este mismo espacio privatizado y en manos de terratenientes.

Pablo Palenzuela Chamorro, en «Proyecto de investigación sobre el componente marginal de la renta del jornalero andaluz», se centra sobre la creciente importancia de la economía oculta en el sector agrícola de Andalucía, principalmente entre los jornaleros. Su hipótesis es que la incorporación de los jornaleros a actividades que no tienen un carácter agrícola y normalmente sumergidas, llegando en algunos casos a la ilegalidad (caza furtiva, pequeños contrabandos...), junto con el cambio de la renta, está originando profundas modificaciones en los esquemas mentales y simbólicos de los jornaleros, que «se sienten progresivamente menos jornaleros, menos trabajadores agrícolas y más “buscavidas”».

Aunque sean escasos, los estudios sobre economía sumergida en España han comenzado ya, pero siempre se ha analizado este fenómeno desde el punto de vista económico, salvo contadas excepciones, sin prestarle demasiada atención al papel que en él desempeñan las relaciones familiares y

primarias. Lo interesante, sin embargo, de este proyecto es que por primera vez se sitúa en el sector agrícola, puesto que hasta ahora sólo se habían realizado en las ciudades o áreas metropolitanas de las zonas industriales.

En la parte dedicada a religiosidad y fiestas hay que resaltar, aparte de todos aquellos artículos dedicados a señalar que las fiestas en Andalucía no se reducen únicamente al flamenco, como el artículo de Francisco Luque-Romero y José Cobo, la aportación de José María Comelles sobre la fiesta del Rocío, enfocado como una descripción e intento de comprensión histórica del significado de la Romería. Explica cómo ésta, que empezó siendo la manifestación de los conflictos entre la Iglesia, la aristocracia y los municipios por la apropiación de los derechos de paso de una «tierra de nadie», se ha convertido en una manifestación de la identidad colectiva andaluza, y de qué manera su actual reaparición e importancia se deben a los conflictos y tensiones entre la Administración central, la regional y la local.

Se ha intentado recoger del libro aquellos artículos que por su contenido —en cuanto que tocan problemas teóricos muy candentes o situaciones cercanas a la cotidianidad, pero, por ello mismo, poco sobresalientes— parecían más interesantes. Se han dejado de lado no por falta de interés, sino por falta de espacio, otros artículos y temas, entre ellos cabe destacar los dedicados a la tecnología y artesanía, en cómo ésta sub-

siste precisamente en la era de las nuevas tecnologías.

Sólo queda señalar, por último, que este volumen no quedará totalmente terminado hasta que no finalicen y

se publiquen los resultados de los proyectos de investigación y estén elaboradas y acabadas algunas de sus ideas más sugerentes.

Pilar MONREAL